

## CAPITULO IV.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO. LOS HECHOS EVANGÉLICOS SON CIERTOS.

En la introduccion de la *Vida de Jesus* conviene el mismo Strauss, en que si la historia evangélica ha sido escrita por testigos oculares ó por hombres cercanos á los acontecimientos y de una probidad incontestable, no puede suscitarse ninguna duda razonable sobre su verdad. Tomemos acta de esa confesion, unámosla al conjunto, á la unidad, á la fuerza incomparable de las pruebas que nos garantizan la autenticidad de los cuatro Evangelios; añadamos la probidad de los autores, probidad que no pone siquiera en duda el filósofo aleman (1), y que no puede disputarse aun cuando solo se consideren los caracteres marcados de buena fé y de sinceridad que se advierten en cada una de sus páginas..... ¿Habrá que proseguir aun? Cuando el mas intrépido campeón de la realidad histórica ha tomado á su cargo sacar la conclusion, no hay mas que cruzar los brazos ante el triunfo de la verdad, bendiciendo á Dios por haberle dado por auxiliares á sus mismos enemigos.

Pero abordemos el asunto sin prevalernos de ninguna concesion.

Vosotros, los que no creéis en los titulos primitivos

(1) *Anales de Filos. crist.*, série III, núm. 66.

del cristianismo, cualesquiera que seais, divorciaos por una hora, por una sola hora del ruido atronador del mundo, haced callar la voz tumultuosa de las pasiones, y con recogimiento verdaderamente filosófico, leed el Evangelio. No resistireis (porque hay una lógica, secreta y poderosa en el corazon), no resistireis á esta conviccion interior. *Este libro no ha sido hecho como los demas libros.* La narracion está encadenada al discurso y el discurso á la narracion, como un miembro está unido á otro en un mismo cuerpo, y á veces la narracion habla tambien como el discurso, y ambos á dos elevan y consuelan, ilustran y fortifican, cautivan y conmueven el alma penetrándola de la persuasion mas natural y mas íntima.

Y ese libro, un libro semejante, ¿puede ser fruto del error ú obra de la impostura? ¿Es así como se inventa? ¿Es así como uno se engaña? Póngase la verdad, la verdad pura en un libro, ¿qué mas se podrá pedir? ¿Qué cosa habrá mejor? ¿Será mas grato y mas útil? ¿Hablará otro lenguaje? Ese lenguaje es admirable, enteramente inimitable. Los Evangelistas entran en las menores particularidades características, en las mas minuciosas indicaciones de fechas, lugares, personas y circunstancias diversas en que solo la verdad puede aventurarse resueltamente; es decir, que parece se complacen en prodigar los medios de desenmascarar el error ó la impostura en la suposicion de que no hubieran escrito bajo la sola inspiracion de la verdad conocida y comprobada irrefragablemente. De ningun modo procuran captarse la estimacion ni la confianza del lector, y hasta parece que desconocen la necesidad ni la utilidad de ello, porque refieren sin aclaracion ninguna muchos hechos no esenciales y susceptibles de escitar dificultades en su ánimo, no cuidándose en manera alguna de sus reflexiones, que podrian evitar con el silencio, ó satisfacer con una corta observacion añadida al relato. Hombres admirables, y escritores mas admirables todavia, parece que ninguna pasion les mueve:

igualmente y en el mismo tono dicen el bien y el mal de sus hermanos, de sí mismos: el bien sin sobrecargarlo, sin color extraño; el mal sin indecision, sin rodeo, sin escusa: sí, la dureza de sus corazones, la torpeza de su inteligencia, la vergüenza de su cobarde abandono, en fin, todo cuanto puede rebajar las proporciones de su carácter. No tratan de engrandecer al héroe de su historia: lejos de eso, refieren minuciosamente y sin comentarios circunstancias ó palabras que á primera vista parecerian aminorar la superioridad de sus obras ó la de su persona. No callan las debilidades humanas que experimenta ni las desfiguran, y mucho menos tratan de explicarlas; sino que las abandonan al juicio del lector: las humillaciones inauditas, los oprobios abrumadores de su pasion, en que todos los títulos de su gloria precedente se hallan como aniquilados, los refieren uno por uno y con pormenores; las reconvencciones insultantes de sus enemigos, las repiten palabra por palabra, pero sin sombra de indignacion ó de recriminacion, sin añadir siquiera una observacion, una palabra para su defensa; y se trata, no obstante, de su maestro, de su maestro querido, del objeto de todo su amor y de todo su cariño. Además, y esto no es evidentemente del hombre, consignan en sus páginas los retos casi lógicos de los escribas y de los sacerdotes judíos: *Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz* (1), y aquí tampoco ni una sola palabra que corrija la primera impresion natural de esa narracion, hasta en el lector cristiano: ¡tan esclava es su pluma de la verdad pura! ¡tan fieles y tan escrupulosamente fieles narradores son! ni menos ni mas. ¡Oh! no es así como proceden los hombres bajo la sola influencia de su propio juicio, y menos todavía proceden de ese modo los impostores. Dadme todas las biografías del mundo, y especialmente aquellas que son obras de servidores, de amigos adictos íntimamente á una persona, á un héroe: registremos juntos esos millares de

(1) San Mateo XXVII, 40.—San Marcos XV, 32.—San Lucas XXIII, 35.

páginas trazadas por tantos autores de países tan diversos, de tantos caracteres, de tantos genios opuestos, y enseñadme, si podeis, una sola página que sea semejante á la narracion evangélica. De consiguiente esa narracion no es ficcion ni impostura: hay en ella un sello de verdad que bien sé que no se demuestra geoméricamente, pero que se hace sentir y como tocar por todo hombre que conozca al hombre, y que huyendo del mundo, de las preocupaciones y de las pasiones, se retire solo en presencia de Dios, al mundo de las conciencias.

Y esa narracion, hecha, como hemos visto, en el capítulo precedente, en la época y en el teatro mismo de los hechos, y tan digna de fé por sí misma, no ha llegado sola á nosotros: la hemos recibido apoyada desde un principio, tan naturalmente como podia serlo, por los historiadores profanos contemporáneos que tuvieron ocasion de hablar del cristianismo (1).

Seguramente nuestros adversarios no tendrán la pretension de exigir que los historiadores latinos hablen de Jesucristo, judío de nacimiento y de patria, oscuro, constantemente oscuro, aun entre los suyos, exceptuando una undécima parte de su vida, como si hubiese sido romano, como si el oro y la púrpura de la grandeza hubiesen cubierto su cuna, ó como si hubiese difundido los tesoros de su sabiduría y de su poder en la capital del universo, asiento de la fama y dispensadora de la gloria. Naturalmente no debieron ver á Jesús, su vida y sus hechos, sino á través de la vaguedad de los dichos por oídas que desdeña uno examinar, á través de la triple red del orgullo nacional, de la política y de la religion del imperio; de consiguiente, solo debieron hablar de él como de paso, y con expresiones que revelaran preocupaciones de paganos, y de paganos romanos. Y eso es precisamente lo que han hecho. Tácito, en un pasaje en donde solo los ojos de

(1) El judío Philon, por ejemplo, no tuvo una sola ocasion de hablar del cristianismo en sus obras.

la ignorancia pueden desconocer su sello inimitable (1), habla de Cristo, autor de los cristianos, y castigado con el último suplicio, en el reinado de Tiberio, por Poncio Pilatos, gobernador de la Judea: también habla de la propagación del cristianismo, no solo en el país de su nacimiento, sino hasta en Roma, en donde, dice, era inmensa la multitud de cristianos; por último, de las crueldades con que esa superstición perniciosa fué castigada en tiempo de Nerón (2). Suetonio, contemporáneo de Tácito, habla también de Jesucristo, respecto del cual los judíos tuvieron entre sí tan grandes disputas, que el emperador Claudio los expulsó de Roma; y del martirio de los cristianos, especie de hombres, dice, de una superstición nueva y dados á la magia (3). Esto es lo que naturalmente debía salir de la pluma de paganos, y de paganos romanos.

Pero el historiador judío, Flavio Josefo, ha debido naturalmente hablar mas de eso.—Indudablemente.—¿Y lo ha hecho?—Sí, si admitís como auténtico el célebre pasaje de sus *Antigüedades judáicas* (4), en que habla de Jesús, de su incomparable sabiduría, de sus numerosos milagros, de sus discípulos, tanto judíos como gentiles, de la envidia de los principales de su nación, que impulsaron á Pilatos á hacerle morir en una cruz, de su resurrección al

(1) Volney en sus *Ruinas*, y Reghellini en su *Exámen del mosaismo y del cristianismo*, declaran apócrifo por su propia autoridad este pasaje de Tácito. Véase la respuesta que M. T. Toussenel dió en el diario francés *El Tiempo* en 1834 á Reghellini, respuesta que contesta igualmente á Volney: «Tácito trata el cristianismo de cosa innoble; pero como al mismo tiempo refiere el suplicio de Jesucristo, el autor declara su frase apócrifa, y sabiendo, á lo que parece, poco latin, no sospecha que ataca una de las frases en que está mas enérgicamente impreso el carácter de su estilo. El autor latino coloca el cristianismo entre todas esas religiones que se deslizan en Roma como en un albañal, y añade que el albañal se convierte en templo: *Urbem quo cuncta undique atrocitas aut pudenda confluunt celebranturque*. ¿Quién podría decir estas cosas como Tácito?...» (*Anales de filosofía cristiana*, tomo IX).

(2) Tácito, *Anales*, lib. XV, núm. 49.

(3) Suetonio, *Vida de Claudio*, cap. XXV;—*Vida de Nerón*, cap. XVI.

(4) Lib. XVIII, cap. I.

tercer día de su muerte; y también, si no lo admitís como auténtico, porque entonces hay que decir, ó que Josefo escribió otra cosa de lo que leemos en sus *Antigüedades*, ó que ha guardado silencio sobre los hechos evangélicos, y ya os encontrais en un dilema de hierro que no podrá romper vuestra razón. Si Josefo escribió otra cosa de lo que leemos en sus *Antigüedades*, entonces la mano de un hombre ha sido bastante poderosa para coger todos los ejemplares de su historia; todos, hasta aquellos mismos que por necesidad, desde un principio, han debido estar en manos de sus correligionarios, ó en las de otros enemigos del cristianismo; y esa mano los ha adulterado todos á la vez, todos uniformemente, y sin que queden vestigios del fraude.... Y bien; ¿hay bastante inverosimilitud.... ¿qué digo! bastante imposibilidad moral y física, bastante absurdo y ridiculez en esa hipótesis?... Si Josefo guardó silencio, cuando habla exactamente de todas las sectas y de todos los jefes de partido entre los judíos, desde Augusto hasta la destrucción de Jerusalén; cuando en el capítulo 7.º del libro XVIII habla de Juan Bautista, de sus virtudes, de su predicación, de su muerte violenta, y en el capítulo 8.º del libro XX del martirio de Santiago, á quien llama *hermano de Jesús*, nombrado *Cristo* (1) (pasajes evidentemente auténticos), no pudo callar sobre el mismo Jesús, tan notable por sus cualidades, por sus triunfos, y la duración de sus triunfos, sino porque creyese que era verdadero ó falso lo que de él se decía. Si falso, todo le obligaba á hablar de ello para desmentirlo; el orden metódico de su narración,

(1) La palabra *hermano* que emplea Josefo, y que se da igualmente en la historia evangélica, ya á Santiago, ya á otros primos de Jesús, tenía entre los judíos una significación mucho mas lata que en nuestro idioma, pues se usaba no solo para designar á los hermanos propiamente dichos, sino á los primos y demás parientes. Así vemos en los capítulos XIII, 9, y XIV, 14 del Génesis llamar á Loth *hermano* de Abraham, aunque solo era sobrino suyo (XI, 31), y en la versión de los Setenta se emplea la palabra *adelfos* para la traducción de esos pasajes, como lo está en el texto griego del Nuevo Testamento para designar á Santiago y á otros primos de Jesucristo.

el honor de sus compatriotas y de sus correligionarios, sobre todo el de los fariseos, á cuya secta pertenecía; el celo por el judaismo, y el deseo tan natural de adular á los emperadores, á cuya vista escribía, y que odiaban y perseguían el cristianismo. Si verdadero, todo le obligaba á callar, todo, excepto la integridad de la historia, que debía ser sacrificada naturalmente al temor de desagradar á su nación, á los romanos, á los emperadores, y con tanto mayor motivo, cuanto que la primera de aquellas causas bastó á Josefo para hacerle suprimir ciertos sucesos; porque no dice una palabra, por ejemplo, del destierro de los judíos, mandado por Claudio, destierro que nos refiere Suetonio, que no tenía, como aquel, un interés nacional por quien mirar. Luego, si la historia evangélica es falsa, el silencio de Josefo es contra lo natural; si cierta, es natural ese silencio. Pero entonces su silencio nos dice tanto como su texto; su silencio equivale á un testimonio formal en favor de aquella historia.

A mas de eso, la historia evangélica ha llegado hasta nosotros con la autoridad irrefragable de una tradicion oral que abraza un espacio inmenso en el mundo, y cuyo eco profundo, continuo hasta el primer siglo, oye todo oído abierto á la voz de lo pasado, como el ojo sigue el curso sesgado y magestuoso de un gran río desde un punto dado hasta su nacimiento. Una sociedad que por sus múltiples raíces y por sus vastas ramas toca en todos los límites del globo, cree hoy en la verdad de esa historia. Remóntese de edad en edad, y se verá que esa sociedad ha creído siempre en ella hasta la cuna del cristianismo. ¿No es una cosa única en el mundo esa posesion oral, histórica de diez y ocho siglos, posesion que no está fundada en el aire, como el islamismo ó las sociedades religiosas de la India, sino que está asentada sobre una base testimonial escrita y auténtica; posesion á cuya legitimidad rinden homenaje las sectas cismáticas y heréticas mas hostiles á esa sociedad; posesion que han proclamado inexpugnable los

hombres mas sábios de todos los siglos, despues de haberla sometido al crisol de un severo exámen (1); posesion atacada con tanta frecuencia, habilidad y ardor, y viva siempre bajo la lima mortífera del ingenio, de la erudicion, del raciocinio, como bajo el hierro de la persecucion? Seguramente, para privar á la Iglesia de una posesion semejante, no basta afirmar que en su origen fué ó pudo ser usurpada, pues con una asercion gratuita ó un puede ser se echaria entonces por tierra la posesion mas legítima; es preciso, para prueba, establecer al menos una duda racional contra ese origen; es preciso demostrar positivamente, si no la realidad, al menos la probabilidad de la usurpacion. Pero ¿y los medios?... Hasta ahora la Iglesia permanece, por el hecho de su posesion, propietaria legítima de la verdad histórica del Evangelio: tiene una excepcion lógicamente inatacable, un escudo donde se embotan todas las lanzas y dardos.

La narracion evangélica, soberanamente creible por sí misma; apoyada, tanto como podia serlo, por la historia profana, y garantizada por una tradicion oral incomparable, ha llegado además á nosotros con el acompañamiento imponente de hechos incontestables que dependen de ella como el rayo del foco, el fruto de la planta. Es un hecho cuya certeza no se ha atrevido á poner en duda el mismo Strauss, que en el primer siglo aparecieron el libro de las *Actas de los Apóstoles* y varias *Epistolas* dirigidas por estos á los cristianos de su época: es un hecho comprobado igualmente, un hecho que salta á la vista, que ese libro y esas epístolas están llenos de pasajes que suponen lógicamente la realidad de la historia evangélica, como el segundo eslabon de una cadena supone un primer eslabon (2); es además cosa averiguada para la ciencia, por

(1) Véanse *La Razon del Cristianismo*, por Genoude.—*Las Grandezas del Catolicismo*, por Augusto Signier.—*La Religion triunfante*, por H. Brelonneau.

(2) En el segundo capítulo de las *Actas*, por ejemplo, vemos á San Pedro

los argumentos perentorios del doctor Tholuck (1), que bastarian esos monumentos inconcusos de la antigüedad cristiana para establecer, independientemente de los cuatro Evangelios, los hechos mas importantes de la historia de Jesús. Pero pregunto á cualquiera hombre de buena fé: ¿no es un motivo poderoso de credibilidad en favor de los Evangelios el tener derecho para decir á los adversarios: «Os sacrificamos por un momento el carácter histórico; pero tomamos el libro de las *Actas* y las *Epístolas*, los abrimos, y en nombre de la historia os presentamos una nueva série de hechos por los cuales reviven ante vuestros ojos los principales hechos de los cuatro Evangelios? Para justificar vuestra negativa de la verdad de esas cuatro historias de autenticidad demostrada y tan evidentemente creibles. ¿quereis desgarrar con desprecio de todas las leyes de la crítica las páginas de una quinta historia y los escritos apostólicos cuyos originales asegura el grave Tertuliano que existian en su época, y hasta eran leidos públicamente en las iglesias á que habian sido dirigidos (2)?»

Otro hecho intimamente relacionado con la verdad de los hechos evangélicos, es la fundacion de numerosas iglesias en paises enteramente diversos en el primero y segundo siglo, fundacion de que tenemos la prueba fuera de los Evangelios. ¿Y cómo hubieran podido fundarse esas iglesias sobre el terreno movible de una historia incierta? Acaso con un tejido de hechos que se rompe á cada momento, si se le quita la verdad que es lo único que puede ligarlo y explicarlo todo; con un tejido de hechos presentarse delante del pueblo judío, echarle en cara su deicidio, y tomarlo por testigo de los milagros hechos por Jesucristo.

(1) Véase la refutación de Strauss, por Tholuck, en los *Anales de filosofía cristiana*, série III.

(2) Tertul., *De Prescript.*, XXXVI.—Respecto del libro de las *Actas*, escrito por San Lucas, dice M. Guizot en su traducción de Gibbon: «Los tiempos antiguos nos han dejado pocas obras cuya autenticidad esté tan bien comprobada como la de las *Actas de los Apóstoles*.»—(*Historia de la decadencia del imp. rom.*)

tados como públicos y notorios y en realidad fabulosos, pueden alistarse bajo la bandera de un patíbulo, prosélitos numerosísimos, según nos lo afirman Tácito y Plinio el joven (1)? ¿y en una época de las mas ilustradas? y hombres como Pablo, el centurion Cornelio, el proconsul Sergio, Dionisio, miembro del Areópago, Crispo, jefe de la sinagoga de Corinto, Erasto, tesorero de la ciudad, el elocuente Apolonio de Alejandria (2), Clemente de Ro-

(1) Tac., *Annal.*, lib. XV, cap. XLIV.—Plinio, l. X, carta XCVII á Traj.

(2) *Actas de los apost.*, cap. IX, X, XIII, XVII, XIX, XXII.—Julian el Apóstata confiesa que Cornelio y Sergio no eran unos ignorantes (*San Cirilo*, t. VI).—Celso confiesa también, cien años á lo mas despues de la muerte de Jesucristo, que entre los cristianos habia «sabios, hombres graves, moderados, capaces de instruir.» (Orig., *Contra Cels.*, l. I, número 27).—También confiesa la *infinita* multitud de conversiones que se hacian en el siglo segundo (l. II, núm. 45, 46).—Creo deber añadir aquí un pasaje notable de M. Atanasio Coquerel acerca de San Pablo: «Es preciso, dice, considerar á San Pablo todo entero, á San Pablo judío y cristiano; á San Pablo, apostol y escritor; á San Pablo, perseguidor y martir; á San Pablo, en el suplicio de Esteban y próximo á su mismo suplicio; á San Pablo, el autor del elogio de la caridad en la *Epístola á los Corintios*, y el riguroso lógico que compara la Ley y el Evangelio en la *Epístola á los Romanos*; á San Pablo, ante el Areópago de Atenas, ante el pueblo de Jerusalem, ante Félix, ante Agripa, y ante Neron; y entonces es cuando se siente uno penetrado de la doctrina y de la veracidad del doctor..... Que un hombre como San Pablo se haya dejado engañar ó haya querido engañar relativamente á la naturaleza de la religion que exportaba del suelo judío al suelo pagano, que un hombre de su genio, el autor de las *Epístolas* que tenemos en el Nuevo Testamento, haya tomado por hechos públicos, y al alcance de un exámen sério, por hechos contemporáneos y positivos, antiguas leyendas restauradas según las necesidades de la época; ó que un hombre de ese carácter, sacrificándose como se sacrificó, según lo atestiguan sus cartas, se haya hecho cómplice de una flagrante impostura, juguete ó cómplice, son dos imposibilidades morales en oposicion directa con la naturaleza humana, sin ejemplo en los anales de la humanidad y mil veces mas inverosímiles é increíbles que todo el Evangelio. No; el hombre no es así, y un hombre como San Pablo, no es testigo que pueda recusarse.... Si el Evangelio es una compilacion de leyendas populares, no se concibe á San Pablo, ni como un entusiasta engañado (pues tenia demasiada penetracion y saber), ni como un impostor que engaña (pues tenia demasiado celo y demasiadas virtudes). En una palabra, que se nos explique á San Pablo con un cristianismo fabuloso, ó un cristianismo fabuloso con San Pablo. No es posible una cosa ni otra. ¿Qué queda, pues? Queda la certeza de que sus Epístolas son un vivo testimonio de la verdad de los